



ISLAS, 47(143):89-104; enero-marzo, 2005

Mely González  
Aróstegui

*La defensa de la  
identidad cultural  
cubana en los albores  
republicanos*

E

En el tránsito de los siglos XIX y XX en Cuba se da una situación política peculiar que afecta todos los renglones de la sociedad, incluida, claro está, su cultura. La cultura de la emergente nación cubana se encontró de pronto ante el dilema de aceptar la intromisión en los asuntos propios o enfrentar la injerencia extranjera, no sólo en la política sino también de una cultura formada bajo principios muy diferentes de los nuestros. El espectro de opiniones fue diverso: desde la aceptación con beneplácito de la acción política norteamericana en Cuba hasta el rechazo más resuelto, pasando por una serie de matices intermedios.

Existió en algún momento la impresión de que la etapa que nos ocupa fue de adormecimiento de la conciencia nacional, que sólo en los años veinte se despierta con signo de rebeldía; sin embargo, hay evidencias claras de una resistencia en sentido político, pero también en un sentido más amplio: en el sentido de toda una orientación de la cultura, de una orientación del pensamiento nacional hacia una posición de no permitir que las circunstancias adversas dejaran a la nación cubana a su suerte frente a los Estados Unidos.

La reacción de la sociedad cubana en general ante el fenómeno histórico de la dominación norteamericana fue contradictoria. Debe tenerse en cuenta que la penetración norteamericana en Cuba se fue materializando en el plano político y económico en el transcurso de las dos primeras décadas republicanas, poniendo a la isla en un estado de dependencia que bien hubiese podido condicionar una pérdida o desarraigo de la identidad

[89]



cultural, ocasionando graves daños a la cultura y a la nacionalidad cubanas. Sin embargo, no fue así. Se puso de manifiesto la tesis marxista de que si bien las condiciones económicas son las determinantes en última instancia, la acumulación ideológica que presupone el desarrollo consecuente de principios ideales (políticos, jurídicos y culturales) es la que puede brindar una explicación más inmediata de lo que ocurre en el plano del pensamiento.

En los primeros veinte años de la República, los intelectuales cubanos provenientes de la pequeña burguesía mantienen una defensa constante de la identidad cultural cubana, al enfrentarse abierta o sutilmente a la penetración extranjera en el país. No debe olvidarse que entre los intelectuales no se dio con tanta fuerza como en otros sectores el fenómeno de la inmigración y el hecho de mantenerse siendo un grupo esencialmente nacional, condicionó favorablemente el intento de preservar lo que J. A. Ramos denominó el “espíritu cubano”.

A pesar de que no propició un pensamiento radical frente a los problemas enfrentados al conformarse con exigencias de corte liberal reformista, el análisis de este ámbito cultural es sumamente importante, si se tiene en cuenta la tesis gramsciana según la cual en tiempos de “cierre del horizonte político” las contradicciones tienden a emerger en las diferentes manifestaciones de la cultura nacional. Algunos autores de aquella época, entre los que sobresalió Alberto Lamar Schweyer, eran del criterio de que al cabo de treinta años de luchas por la independencia solamente habíamos logrado tener una bandera y un escudo.<sup>1</sup> Pero a esta tesis puede contraponerse todo un conjunto de argumentos que demuestran la integridad de la cultura nacional frente a

<sup>1</sup> Alberto Lamar Schweyer: *La crisis del patriotismo. Una teoría de las inmigraciones*, p. 90, Editorial Martí, La Habana, 1929. “No existiendo la cubanidad poco podría subsistir el patriotismo. Rota la tradición nacionalista, opacado el sentimiento de amor a la tierra, se entra en un período de decadencia y desintegración. El fenómeno es fatal y esa crisis de la cubanidad tenía que producirse en un país como el nuestro, en donde dos culturas y dos concepciones de la vida gravitan por igual”.

[90]





la penetración imperialista y testimonian la resistencia de la intelectualidad cubana a los valores culturales norteamericanos.<sup>2</sup>

Es innegable, por ejemplo, el aporte que realizaron los intelectuales cubanos al desarrollo de la cultura nacional y dentro de ella a la lucha por preservar la identidad cubana frente a la injerencia yanqui en el diseño de un sistema de enseñanza que respondiera a estas necesidades. El Sistema Nacional de Enseñanza en manos cubanas a pesar de todos los esfuerzos de los americanos por convertir este sector a sus intereses, hizo prácticamente insignificante la presencia extranjera en este medio y se convirtió en un vehículo de preservación y conservación de los valores culturales propios.<sup>3</sup> Más del 50 % de los educadores cubanos en ejercicio durante los

<sup>2</sup> Sólo que no se debe absolutizar esta resistencia a los valores culturales de Estados Unidos en el sentido de rechazo, porque el momento de asimilación dentro de la cultura de la resistencia, indisolublemente ligado al momento de conservación, nos lleva a la necesidad de analizar todo este proceso muy dialécticamente. La asimilación de valores de la propia cultura que se rechaza como dominadora se realiza para lograr, en este caso, que fructifique el proceso de la resistencia. Hemos de tener en cuenta incluso a los elementos antinacionales que puedan surgir dentro de esta asimilación, porque en todo proceso de defensa de la identidad cultural y nacional el papel del “contrario” ejerce una influencia muy positiva en la activación de esa lucha. De aquí parte la idea de Rafael Hernández de que no es posible contar la historia de la nación cubana obviando a sus elementos antinacionales, y que la historia de la conciencia nacional, por ejemplo, no pueda contarse sin el anexionismo. En controversia dedicada al problema de la Nación y la identidad, diferentes investigadores cubanos se refieren a este elemento dentro de la lucha por la identidad, a esta interacción de contrarios que se produce en la historia. Ver: “El problema de la Nación y la identidad” (controversia), en: *Temas*, (1): 98-100, 1995.

<sup>3</sup> Durante la ocupación militar se emplean diferentes vías para poner en función de los intereses yanquis a la enseñanza cubana: formación emergente y masiva de maestros, los cursos de verano, las excursiones científicas a los Estados Unidos, y la formación regular y selectiva de maestros en Escuelas Normales de Estados Unidos. La esencia reaccionaria y antinacional de las reformas que se realizaron en la educación durante la intervención norteamericana se sintetizan por el propio Leonardo Wood, al expresar: “Considero que un sistema colonial [...] es lo más apropiado para Cuba. Los cubanos son excitables y naturalmente, todavía no pueden comprender los beneficios que obtendrían de un gobierno seguro y benévolo. Llevará tiempo alcanzar lo que todavía no es sino un deseo. Esto podría lograrse solo lentamente y la mejor forma de lograrlo es a través de un sistema de educación.” (Cit. por Ana Julia García. “La formación de maestros bajo la ocupación militar norteamericana”, en *Varona* (17):16, julio-diciembre 1986.)

[91]





primeros años republicanos se formaron en instituciones norteamericanas y fueron sometidos a una penetración ideológica muy bien planificada que tenía como objetivo subvertir sus valores y eliminar la tradición educativa y patriótica de la escuela cubana, sin embargo, esta escuela se mantuvo inculcando sentimientos patrióticos en el afán de preservar la cubanía y rechazar la penetración yanqui, y sobre todo trató de erigirse medio eficaz para ir resolviendo los problemas de la sociedad cubana. En enero de 1906 se realiza un debate en el Ateneo de La Habana, abierto por Enrique J. Varona y donde participan intelectuales como Ezequiel García, J. G. Gómez y el Dr. Averhoff, ampliando ideas sobre la importancia de la educación como coraza que defendiera a Cuba de los peligros del exterior, que fuera no coraza material, sino moral, y convirtiera a Cuba, una nación pequeña, en modelo de virtud, para que de esta forma fuese respetada.<sup>4</sup>

Infundir a través de la Pedagogía el amor por Cuba y no cejar en el empeño de fomentar el amor a la independencia, fueron principios básicos de la escuela pública cubana y sus mejores maestros durante la primera etapa republicana.<sup>5</sup> García Galló la observa como una “célula dentro del cuerpo social” que no llegó a contaminarse con el “cáncer podrido” de la politiquería. Acerca de la escuela cubana de inicios de la República, Galló plantea: “Ella conservó las mejores tradiciones de las luchas libertadoras del pasado.

Muchos veteranos maestros transmitieron el aliento mambí a los niños de la nueva generación. Contra los textos que trataron de imponer los yanquis exaltando sus valores y su modo de vida, nuestra escuela pública y nuestros viejos maestros nos enseñaron los gestos de Agramonte, Céspedes y Martí, de Maceo y Gómez...”<sup>6</sup>

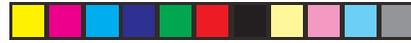
Gran importancia en la labor de defensa de la identidad cultural tuvo el Movimiento de revisión histórica que por estos años iniciaron algunos historiadores a partir de la obra de Collazo. “Dentro de la historiografía cubana –planteó Julio Le Riverend-

<sup>4</sup> Ver: Luis A. Baralt. “Pro-Patria”, en *Cuba y América*, xx(18): 320, enero 1906.

<sup>5</sup> Ver: Miguel Garmendía: “Educación nacional”, en *Cuba y América*, 5(83): 14, 20 mayo 1900.

<sup>6</sup> Jorge Gaspar García Galló: *Bosquejo histórico de la educación en Cuba*, p. 57, Editorial de libros para la educación, La Habana, 1978.





la obra de Collazo se nos presenta, en cuanto a esa necesidad de unir historia y experiencia, como el hito inicial de un movimiento que no cesará y se desarrollará con fuerza renovada: el Movimiento de revisión histórica, que sigue con Ambrosio López Hidalgo, Emilio Roig y la Sociedad Cubana de Estudios históricos e internacionales.<sup>7</sup> Esta corriente historiográfica, sin ningún compromiso político aparente, siempre estuvo vinculada a los más profundos sentimientos nacionales.

Entre los fenómenos culturales que se dieron en los primeros años del siglo xx está también un grupo de publicaciones de importancia, algunas de corte artístico y literario, otras sobre política y pensamiento, que no pueden obviarse en este análisis por la trascendencia que tuvieron en el desarrollo de la conciencia cubana. Esta efervescencia editorial no fue sólo en la capital; en otras ciudades, como Santiago de Cuba, Camagüey y Matanzas, surgen numerosos periódicos y revistas que marcan acontecimientos y reflexionan alrededor de ellos.<sup>8</sup>

Los problemas sociales y políticos que Cuba enfrentaba por esos años tuvieron un lugar primordial en estas publicaciones, muchas de las cuales fueron capaces de revelar los daños ocasionados por la penetración norteamericana y los matices injerencistas de su política. A través de ellas muchos intelectuales tuvieron la posibilidad de denunciar y alertar sobre los peligros que implicaba el fenómeno de la injerencia. Si se quiere analizar el pensamiento antinjerencista de esa época, muchas de estas publicaciones se convierten en referencias obligadas.

<sup>7</sup> Julio Le Riverend: Prólogo a *Los americanos en Cuba*, p. xviii, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972.

<sup>8</sup> Una de las publicaciones que circularon en la época fue la revista *Cuba y América* (Nueva York, 1897). A inicios de siglo sigue publicándose, pero esta vez en La Habana, *la Escuela Cubana* (La Habana, 1899), *Letras* (La Habana, 1899), *Patria y Libertad* (La Habana, 1914), *Oriente* (Santiago de Cuba, 1906), *Revista de Santiago* (Santiago de Cuba, 1907), *Cuba intelectual* (La Habana, 1909), *La Reforma Social* (La Habana, 1914), *Oriente Literario* (Santiago de Cuba, 1910), *Orto* (Manzanillo, 1912), *Revista Bimestre Cubana* (La Habana, 1841), *Cuba Contemporánea* (La Habana, 1913), *El Fígaro* (La Habana), *Social* (La Habana, 1923). Además se destacaron los diarios *La discusión* (La Habana), *El Mundo* (La Habana), *La Prensa* (La Habana), *El Comercio* (La Habana), *Diario de la Marina* (La Habana), *Heraldo de Cuba* (La Habana), *El Día* (La Habana), *La Noche* (La Habana), *El Triunfo* (La Habana), *El Cubano Libre* (Santiago de Cuba), *El Moderado* (La Habana), *El Nacional* (Sagua la Grande), *La Palabra* (Camagüey), *El Diario* (Cienfuegos).





Incluso la revista *Cuba y América*, porque a pesar de lo cuestionable de muchos de sus trabajos, existen en ella artículos abiertamente antinjerencistas, defensores de la nacionalidad y la cultura cubanas. La secuencia de caricatura política “Pitirre y Buchín” es muestra de un antinjerencismo totalmente declarado; de forma aguda atacó problemas de fondo con más crudeza que los propios comentarios y artículos de esta revista.<sup>9</sup> Se destacan la revista *Patria y Libertad* (del Consejo Nacional de Veteranos) y la *Revista Bimestre Cubana*, pero sobre todo la revista *Cuba Contemporánea*, que dirigió Carlos de Velazco.

*Cuba Contemporánea* fue el proyecto cultural de un grupo de intelectuales que expresaban una dedicación al estudio de los problemas económicos, políticos y sociales, religiosos y hasta administrativos del país.<sup>10</sup> El pensamiento de la intelectualidad cubana de la época se recoge en las páginas de esta revista con mayor claridad que en otras publicaciones, con ensayos bastante extensos, muchos de los cuales fueron recogidos en monografías editadas posteriormente por la Editorial Cuba Contemporánea (surgida al calor del interés que habían despertado dentro y fuera de Cuba los trabajos publicados).

La permanente obsesión de los intelectuales por acercarse a la comprensión de la cubanidad y la cubanía denotan una rebelión del espíritu nacional contra la dominación foránea, expresada no sólo en la forma de enseñar en las escuelas, en el carácter de las publicaciones periódicas, donde el ensayo y el periodismo adquieren una relevancia superior, sino también a través del arte y la literatura y en las agudas polémicas que se desataron alrededor de los problemas culturales. “En el momento en que el proyecto nacionalista martiano naufraga –plantea Francisco López Segrera– [...] la cultura que elaborarán los intelectuales será nacional, en tanto expresará –a través de los vehículos modernistas (poesía) realistas y naturalistas (novela) –una resistencia contra los valores foráneos que mantendrá en alto la cubanía”.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> Ver, por ejemplo, *Cuba y América*, (2), junio 1908 y otros.

<sup>10</sup> Ver: “Nuestro Programa”, en *Cuba Contemporánea*, 1(1): 7, enero 1913.

<sup>11</sup> Francisco López Segrera: *Sociología de la colonia y neocolonia cubana. 1510-1959*, p. 116, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.

[94]





Jorge Ibarra también reconoce estos valores dentro de la intelectualidad artística y literaria, pues al compararla con las dirigencias políticas del '95 (que se veían forzadas en algunos casos a aceptar las exigencias políticas de los Estados Unidos) observa su capacidad de resistir todas las tentaciones e imposiciones de la penetración yanqui en Cuba.<sup>12</sup> Analizando la labor patriótica de los poetas cubanos, su visión de que el arte en cualquiera de sus manifestaciones debía ser factor de patriotismo, José Manuel Carbonell tuvo en cuenta los "sacrificios generosos para la Patria" que podía exhibir esta "disciplina intelectual".<sup>13</sup>

Del mismo modo, Néstor Carbonell celebra las fiestas de la poesía cubana que se efectuaban en la Academia, donde se buscaba al país "por donde podía venirle la salud perdida", para hacer pensar en una posible "transformación del alma nacional" y luego aseverar que eran los poetas cubanos, salvo raras excepciones, "sacerdotes del patriotismo".<sup>14</sup>

Poetas como Regino Boti, Agustín Acosta y José M. Poveda revelan en su obra los resultados funestos de la penetración yanqui en Cuba y si bien su denuncia no está concebida desde las posiciones del "pueblo-nación", sino de la intelectualidad nacional, adquiere una fuerza y una relevancia que influye radicalmente en la toma de conciencia nacional hacia los años veinte. En esta perspectiva encontramos los poemas de Rubén Martínez Villena, con un sello "beligerantemente antimperialista" que en la opinión de Jorge Ibarra "son la expresión más alta alcanzada por la cubanía en su proceso ascendente de consolidación, porque en ellos se funden de manera acabada e integral la poesía y la historia de la nación cubana".<sup>15</sup>

En su estudio sobre la poesía cubana alrededor del 98, el investigador Luis Álvarez nos indica las posturas combativas (no solo reflexivas) de muchos poetas en la etapa, negando así la

<sup>12</sup> Jorge Ibarra: *Nación y cultura*. 214, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981. Jorge Ibarra pone el caso Roosevelt como ejemplo, mitificado por las dirigencias políticas del país, pero no así por los artistas y escritores, que no crearon obras para dedicarle antes o después de su muerte.

<sup>13</sup> José Miguel Carbonell: *Los poetas cubanos y el ideal de la independencia*. Discurso, p. 6, Imprenta El Avisador Comercial, La Habana, 1929.

<sup>14</sup> Néstor Carbonell: "El dolor de la poesía patriótica", en: *Prosas oratorias*, 156 pp., Editorial Guáimaro, 1926.

<sup>15</sup> Jorge Ibarra: *Nación y...* obra citada, p. 76.





idea de “vacío” que se ha querido dar a la misma por muchos autores y hace énfasis en el apego a la propia tradición cubana que allí se observa. Resulta muy interesante la polémica que en este sentido establece Luis Álvarez con estudiosos del tema, entre los que se destaca Cintio Vitier.<sup>16</sup>

La narrativa también observa todas las zonas de la realidad nacional para descubrir y condenar los males que limitaban el ejercicio íntegro de los principios demócratas burgueses que inspiraron el proceso descolonizador iniciado en 1868, ante la frustración del dominio imperialista. Muchos de estos escritores estuvieron vinculados de alguna manera a la vida económica y social del país, por lo que sus obras se convertían en una vía de divulgación de ideas, de análisis de los problemas más urgentes, entre los que sobresalía el fenómeno del injerencismo. Puede mencionarse la novela *Tránsito*, escrita en 1908, como una obra de abierto rechazo a la injerencia norteamericana en Cuba, donde se describe todo el proceso de penetración económica y política de Estados Unidos.<sup>17</sup>

Jorge Ibarra caracteriza la orientación ideológica general de los personajes de las novelas de esta época basada en la resistencia, aún cuando ésta asumiera formas un poco “patéticas” y no tan “activas” y “positivas”. De manera que llega a la conclusión de que la novelística de tendencia nacional y nacional popular que se observa en las obras de Jesús Castellanos, M. del Carrión, Carlos Loveira, entre otros, es de hecho una “literatura de resistencia a las estructuras de poder consagradas por la penetración imperialista”, aún sin que sus autores llegaran a comprender ni a explicar el funcionamiento de los mecanismos de la dominación colonial.

Por su parte, el teatro cubano exhibió toda una labor que el escritor y crítico Salvador Salazar (director de *Alma cubana*) caracteriza como “crítica mordaz” a los sucesos del país. Observa en el teatro vernáculo la verdadera ascendencia de este género, que ya de antaño tenía tendencia a convertirse en una especie de “periódico satírico” de los sucesos locales, esgrimiendo todo tipo de argumentos contra políticos corruptos y contra los inte-

<sup>16</sup> Luis Álvarez Álvarez: “98 y poesía cubana”, *Temas*, (12-13):116-135, 1998.

<sup>17</sup> Francisco Rodríguez Alemán: “Tránsito: una novela contra la injerencia norteamericana en Cuba, publicada en 1908”, *Islas*, (66): 81, mayo-agosto, 1980.

[96]





reses injerencistas yanquis. Menciona en este caso al teatro Alhambra como ejemplo del manejo de la sátira en función de rechazar la penetración norteamericana.<sup>18</sup>

Es precisamente en este sentido en que la dramaturgia de José Antonio Ramos adquiere mayor relevancia. En su llamado a no “descuidar el espíritu de la nacionalidad”, enfatiza en que lo más interesante de aquel momento estaba “en la región de las ideas”, en el “campo del espíritu” y había por tanto que prestar mayor atención en cada obra a este imperativo. Es del criterio de que los progresos que en el orden económico había tenido el país no debían llevar a un descuido de la parte espiritual de la sociedad y dice: “ese progresismo ciego, interpretación grosera del espíritu norteamericano – tiende infortunada y fatalmente a desequilibrar nuestro desarrollo nacional, por cuanto nos roba toda la atención que debíamos dar a los aspectos más hondos del problema patrio y nos previene en contra de quien nos exige esa atención urgente, hablándonos en nombre de la historia, de ideales, de arte: de cosas no negociables y que nos mantiene en honrosa pobreza –para ellos signo de impotencia o locura– a los que con más fervor y mayor desinterés las predicamos”.<sup>19</sup> Esta es una de las contradicciones más sobresalientes de la etapa que incide en el estado de ánimo de muchos intelectuales y artistas, a unos llevará a un profundo escepticismo, a otros a un “pesimismo crítico”. Por eso insistimos en que esta etapa no puede determinarse por el supuesto derrumbe de la conciencia cubana, sino por una búsqueda de alternativas ante la necesidad de gestar nuevas mentalidades, o como plantea Luis Álvarez: “un nuevo sustento reflexivo para la cultura nacional”, abogando porque los efectos de la evaluación de esta etapa cultural de sus creadores, no solo tenga en cuenta a los “ciegos”, “sordos” y “mudos”, sino a todos los que al proyectarse demostraron que había en el país intelectuales capaces de analizar intensamente todos los sectores de la cultura.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Salvador Salazar: “El teatro cubano”, en: *Evolución de la cultura cubana*, p. 51, Imprenta El siglo XX, La Habana, 1928.

<sup>19</sup> José A. Ramos: “Seamos cubanos”, en: *Cuba Contemporánea*, xv (4): 262; diciembre de 1917.

<sup>20</sup> Luis Álvarez: “98 y poesía...”, obra citada, p. 127.

[97]





Organizaciones surgidas al calor de estos impulsos, como es el caso del Grupo de Acción del Arte llevan a efecto la revalorización del pasado histórico nacional y la crítica a las corrientes anti-nacionales.<sup>21</sup> Asimismo se establece la Asociación de Pintores y Escultores en 1915, marcando el comienzo de una nueva época en el desarrollo de la pintura cubana. Cobra fuerza la caricatura, donde el humorismo propuso algo más que la risa ocasionada por escenas convencionalmente grotescas y se adentró en la vida republicana con dibujos satíricos, caricaturas o parodias que encerraron una profunda censura de la realidad cubana. Tal es el caso de Torriente, director y propietario de “*La política cómica*”, a pesar de que desde otra perspectiva pudiera criticársele la emisión de una imagen distorsionada del carácter del cubano, y de otros creadores como el Barrio y Henares.<sup>22</sup>

La lucha por la identidad cultural en estos años tuvo su presencia en muchas de las polémicas surgidas al calor de las contradicciones propias de la situación neocolonial que tenía el país. Tal es el caso de *la polémica entre el panhispanismo y el panamericanismo*, en la que se involucraron numerosos intelectuales cubanos, con el afán de preservar la identidad cultural ante el peligro de las influencias externas totalizadoras, pero sobre todo con el propósito de detener, a través de esta lucha, la avalancha de intereses expansionistas que se proponían los círculos imperialistas alrededor de la isla.

El estado de ánimo de la sociedad republicana que se expresaba a través de un sentimiento de pesimismo y escepticismo también ocasionó discusiones entre los intelectuales. Resulta de interés este fenómeno, por cuanto muchas de las consideraciones que se dan tanto para justificarlo como para combatirlo,

<sup>21</sup> Resumiendo los propósitos de este grupo dice J.M. Poveda: “...las influencias del país colonizador fueron sustituidas por las del país libertador: las corrientes de la opinión cubana han seguido las orientaciones hispanoyanquis sucesivas, no hacia ideales vernáculos sino hacia ideales de otros pueblos, tal vez mejores, pero evidentemente distintos al del nuestro... frente a tal desorganización ha nacido el Grupo Nacional de Acción del Arte”, M. Poveda: *Órbita de J. M. Poveda*, p. 439, La Habana, 1975.

<sup>22</sup> Jorge Mañach: “La pintura en Cuba”, en: J. M. Carbonell: *Evolución de la Cultura cubana*, tomo único XVIII, P. 278. “Las bellas artes en Cuba”.

[98]





son muestra de una inconformidad del cubano ante la situación existente y también porque la *polémica sobre el pesimismo cubano* se inserta en la labor de defensa de la identidad cultural.

Ya desde la colonia Giberga se percató de este pesimismo, refiriéndose a él como algo espontáneo e indeliberado, que inspiraba el dolor y la desesperación personal.<sup>23</sup> El peligro que ve Giberga en el pesimismo se extiende hasta la República, por la creencia que este promueve de que sólo podrá encontrarse el remedio fuera de Cuba, sea ya a través de la anexión o a través de la intervención.

Lo mejor de la intelectualidad cubana mantuvo siempre la confianza en el “aliento vital” de la nacionalidad, pero tampoco pueden desdeñarse aquellos cuyo pesimismo se convirtió en una forma de expresar la crítica y las insatisfacciones. Coincidimos en que debe imprimirse este matiz al análisis que nos ocupa, porque oponiéndose al optimismo oficialista de la retórica política de la época, estos hombres se cuestionaban los fundamentos de la sociedad existente. Es así como Márquez Sterling ataca la vanidad y el triunfalismo de algunos políticos cubanos, capaces de vivir en un mundo de “insanas apariencias”.<sup>24</sup>

Uno de los trabajos más completos de la época acerca del pesimismo cubano lo realiza José Sixto de Sola, caracterizándolo como un fenómeno resultante de la “natural persistencia del concepto de colonia factoría” y deteniéndose en las causas que la provocaban.<sup>25</sup> Sixto de Sola es uno de los partidarios de la idea de que en esos años (aún y con todos los problemas conoci-

<sup>23</sup> Eliseo Giberga: “El pesimismo en la política cubana. Discurso del 31 de mayo de 1887”, en *Obras*, t. I, p. 87.

<sup>24</sup> M. Márquez Sterling: *Alrededor de nuestra psicología*, p. 108, Imprenta El Avistador Comercial, La Habana, 1906.

<sup>25</sup> José Sixto de Sola: “El pesimismo cubano”, en *Cuba Contemporánea*, 3(4): 278, diciembre 1913. El autor analiza un grupo de causas que podían provocar el estado pesimista: “sistema nervioso deprimido, una vida entera transcurrida bajo un sistema de férreo coloniaje español, cansancio, el pesimista por sistema, los que no admiten la compatibilidad de sus intereses con los de la nacionalidad, el pesimista por depravación, el politicastro, producto del fermento colonial que actúa indebidamente en la sociedad”.



dos), existían potencialidades suficientes como para impulsar el desarrollo nacional, “elementos de vitalidad inconfundible”, de “subsistencia y progreso”. Asimismo se expresa J. A. Ramos cuando escribe el *Manual del perfecto fulanista*, con el propósito de sacudir el pensamiento aplastado por el automatismo.<sup>26</sup>

Al igual que Giberga, José A. Ramos observa el peligro de que por razones pesimistas se llegue a la conclusión de que en Cuba no pueda crearse una nacionalidad definida frente al coloso del Norte. Por eso también hace énfasis en las capacidades del cubano, llamando la atención hacia diversas especialidades del derecho, la sociología, etc., donde ya el país mostraba ventaja frente a cualquier nación. Se adentra de esta forma en un análisis que guarda relación con otro de los motivos de defensa de la identidad cubana: *la lucha contra el mito de la inferioridad del cubano*.

Diversas tendencias, tanto dentro como fuera de Cuba han valorado el carácter del cubano y su posibilidad o no de enriquecer el “ser nacional”.<sup>27</sup> Una de las razones explícitas del injerencismo fue precisamente la creencia de que el cubano era incapaz de ejercer un gobierno de manera independiente. Es por eso que el enfrentamiento que se produce a estas visiones por parte de la mayoría de los intelectuales cubanos fue una

<sup>26</sup> En este trabajo dice J. A. Ramos: “Nuestra Patria comienza ahora a luchar con sus propias fuerzas contra las reacciones del pasado, [...] el capitalismo extranjero la primera y la demagogia de los ex siervos la segunda. Nuestra misión ha de ser pues, consolidar las conquistas de la Revolución redentora y preparar los ideales para el porvenir. No importa que el miope y el pesimista no perciban este movimiento preciosísimo que se opera en los espíritus.” José A. Ramos: *Manual del perfecto fulanista*, p. 16, editor Jesús Montero, La Habana.

<sup>27</sup> “En la historia de Cuba se manejan tres visiones del asunto: la de los viajeros extranjeros, la inmensa mayoría en el siglo XIX, dando según el caso, una panorámica objetiva, distorsionada o de medias verdades acerca del ser nacional; el prisma de los españoles integristas, partidarios de la colonia, que sólo veían vicios y defectos en los cubanos (tal fue el caso de Francisco Moreno en *Cuba y su gente*, rebatido por Raimundo Cabrera en *Cuba y sus jueces*); y también el enfoque dado por los propios cubanos, donde caben diversas opiniones y matices. Aquí se inserta, en la defensa de la imagen del cubano, autores como Martí, cuya obra *Vindicación a Cuba* es ejemplo fehaciente de este intento, pero también autores anteriores como Varela y Saco y posteriores como Fernando Ortiz y Jorge Mañach.” (José A. Quintas: “Martí y el alma cubana”, *Enfoque*, xv (52): 8 octubre-diciembre, 1995. Ver además: Abel Prieto: “Cultura, cubanidad, cubanía”, en: Conferencia *La Nación y la Emigración*. Ponencias, pp. 19-64, abril 22, 23 y 24 de 1994, La Habana, 1994, y Rafael Duharte Jiménez. “El origen del mito de la inferioridad del cubano”, en *Seis ensayos de interpretación histórica*, p. 39, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1983.



forma indirecta, pero beneficiosa, de luchar contra la dominación cultural y la injerencia extranjera y también de defensa de la identidad cultural.

Ante la salida del libro de Francisco Figueras *Cuba y su evolución colonial*,<sup>28</sup> que comenta las causas de la “incapacidad cubana” para constituir una república, fueron muchos los artículos, comentarios y referencias en libros y folletos que se editaron para combatir estos y otros criterios vertidos en trabajos de corte antinacional.

Se reflejan fundamentalmente los elementos siguientes:

1. Ante los problemas que se presentan en Cuba en el ámbito de la política se entiende que debían analizarse los problemas de fondo y la responsabilidad que tenían los Estados Unidos, teniendo en cuenta su política hacia Cuba en el curso de los cien años precedentes y en los mecanismos utilizados para ejercer su dominio a desdén de las consecuencias que podían acarrear.<sup>29</sup>
2. Reconocimiento de muchos de los defectos y problemas que se le criticaban al cubano y a sus gobiernos, pero tratando de no sobrevalorarlos, porque eran la consecuencia lógica de la ignorancia y la incultura propias de un pueblo subdesarrollado.<sup>30</sup>

<sup>28</sup> El libro de Francisco Figueras, así como otros trabajos de este corte, que provienen de las fuerzas antinacionales, representan fundamentalmente a la corriente anexionista. Se agregan los artículos y libros de José Ignacio Rodríguez, Rafael Martínez Ortiz y posteriormente *La biología de la democracia*, de Alberto Lamar Schweyer. En otro de sus más difundidos trabajos Lamar Schweyer hace referencia a la “crisis de la cubanidad” a partir de la inconsistencia ideológica del pueblo, sin una sola idea matriz estereotipada en la conciencia colectiva. Ver: *La crisis del patriotismo. Una teoría de las inmigraciones*, p. 89, Editorial Martí, La Habana, 1929.

<sup>29</sup> «Nota Editorial», en *Cuba y América*, (23): 4, enero 1907, p. 4; Carlos de Velazco. «Cuba juzgada por un peruano», en *Aspectos Nacionales*, p. 213, Carlos de Velazco plantea, contestándole al diplomático peruano: «Se nos exige que construyamos un país en plazo en que jamás pueblo alguno ha logrado constituirlo; si lejos de darnos buenos ejemplos quienes deben, vienen a corropernos y a dividirnos aún más, para luego tildarnos de incapacitados por una o dos revueltas en que jugaron más papel los estómagos que los buenos deseos -exigencias que no han tenido con las demás repúblicas americanas- ¿no habrá que declarar incapaces a todos los pueblos de nuestra habla que se han desangrado y aún se revuelven en lucha fratricida, sin embargo de contar ya por décadas su vida independiente?»

<sup>30</sup> José Antonio Ramos: “Por la patria y por la justicia”, en *Cuba Contemporánea*, 12(2): 198, octubre 1916.



3. Crítica al tutelaje yanqui porque éste agravaba más la situación de los gobiernos cubanos.<sup>31</sup>
4. Valoración de los factores de tipo económico que incidían en los problemas presentados en Cuba.<sup>32</sup>
5. Esclarecimiento de los ideales y aspiraciones que sostenían el “espíritu cubano” tildado por muchos como la “bobería nacional”.<sup>33</sup>

Desde la obra de Collazo, vinculada a los sentimientos populares y nacionales, encontramos una tesis fundamental: la afirmación de que Cuba no debe gratitud alguna al gobierno norteamericano, pues la independencia había sido obra del esfuerzo de los cubanos. Está marcando una línea de resistencia a otro de los más difundidos juicios que viabilizaban la penetración y la injerencia: *el mito de la generosidad de los Estados Unidos hacia Cuba*.

A pesar del cúmulo de confusiones que habían ocasionado los sucesos de inicios de siglo, donde los cubanos se movían entre el agradecimiento y el rencor, entre el deslumbramiento y el rechazo, lo ocurrido con la Enmienda Platt levantó recelos suficientes como para que la desconfianza se apoderara de gran

<sup>31</sup> Ricardo Oxamendi: “Bosquejo de nuestra psicología”, en *Cuba y América*, 17(3): 2 junio 1912. “Creo grave mal para el modelado del carácter cubano —apunta— la tutela depresiva e injusta de un pueblo que en sus líneas generales no se puede considerar civilización superior a la nuestra [...] Es que me parece que todavía no conocemos bien el verdadero espíritu, el genio de nuestra estirpe.”

<sup>32</sup> Miguel de Carrión: “El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos 20 años”, en *Cuba Contemporánea* 27(105): 21. Carrión es del criterio de que los cubanos habían llevado la peor parte en la lucha económica, toda vez que la prosperidad del pueblo dependía de tres factores: el capital, elemento técnico y el obrero educado para la labor manual que debería ejercer. En este sentido expresa: “Nuestro pueblo ha sido acusado de holgazán y no lo es, lo que sucede es que el trabajador cubano se ve sin cesar desplazado por competidores más endurecidos o mejor preparados para sus faenas.”

<sup>33</sup> En este sentido fue la obra de Fernando Ortiz un momento importante en la justa valoración de estos sentimientos. En carta abierta a Unamuno expresa: “El pueblo cubano, noblote, sincero e infantil suspira inconscientemente por una de esas boberías, que en otros pueblos producen trascendentales sensateces [...] De bobos fueron tildados los Céspedes, los Martí, los héroes todos de nuestra única “bobería nacional” que nos dio vida, fuerzas y esperanzas...” Fernando Ortiz. “Carta abierta a Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca”, en: *Entre cubanos*, ob. cit., p. 9.





parte de los intelectuales cubanos, aquellos que tenían la preparación suficiente como para percatarse de las intenciones de los Estados Unidos, mucho más allá de la superficie de las cosas. Están las referencias que hace Márquez Sterling, cuando caracteriza la forma en que éramos considerados por los norteamericanos como “menos que una raza débil”, sin tomar en cuenta nuestro desarrollo intelectual, para entonces referirse al error que implicaba haber pensado que el problema de la educación podía ser resuelto adecuadamente por ellos.<sup>34</sup>

Con la agudeza crítica que le caracteriza, J. C. Gandarilla incorpora a esta discusión su libro *Contra el yanqui*, en el cual expresa su desagrado por las muestras de gratitud que ingenuamente algunos exhiben, y pregunta: “¿Cómo agradecer al que me quita lo que me pertenece y por lo que lucho, lo mismo que él reconoce que de derecho me pertenece?”<sup>35</sup> No acepta ningún tipo de concesión en este sentido, clamando una y otra vez por acciones de resistencia y rebeldía: “Cuando oigo a un cubano decir, queriendo apaciguar la voracidad del americano, que Cuba le debe gratitud a Yanquilandia, me da pena de su inocencia y pienso que tiene menos talento que la zorra maestra de la astucia; porque con su vesánica efectividad, contribuye a descoyuntar la macerada patria, eternamente implorativa de dignidad y vergüenza.”<sup>36</sup>

A la altura de los años veinte, cubanos como Roig hacen valoraciones mucho más concluyentes al respecto, al concretar que en el problema de las relaciones de Cuba y Estados Unidos, éstos habían procedido y procederían siempre según sus conveniencias, por lo que había que mostrar de diferentes maneras esta situación al pueblo, haciendo que se viera el error y el ridículo de los que pregonaran el tan manoseado tópico de la “generosidad” de Estados Unidos hacia Cuba, de su “amor” hacia los cubanos y de la “deuda eterna de gratitud” que se tenía con ellos.<sup>37</sup>

<sup>34</sup> M. Márquez Sterling: *Alrededor de nuestra psicología*, p. 116, Imprenta Avisador comercial, La Habana, 1916.

<sup>35</sup> Julio César Gandarilla: *Contra el yanqui*, en: Miriam Fernández: *Selección de lecturas de pensamiento cubano*, p. 251, La Habana, 1986.

<sup>36</sup> Idem, p. 257.

<sup>37</sup> Emilio Roig: “Análisis y consecuencias de la intervención norteamericana en los asuntos interiores de Cuba”, en *Cuba Contemporánea*, 32(139): 125, mayo de 1923.



Refiriéndose a la relación que traían las leyendas de gratitud con las fiscalizaciones foráneas, Miguel Angel Carbonell se muestra contrario a reconocer el mito de que Estados Unidos había concedido la independencia a Cuba, porque de esta forma se ataba al país a una esclavitud mayor. En definitiva, Cuba había satisfecho con crecidos intereses el “préstamo” que en esfuerzo habían hecho los Estados Unidos. Señala lo excesivo del precio que se había pagado. “y sobre todo –dice– tengamos concepto nacional firme para no reincidir en la práctica infamante de llamar a nuestros aprovechados aliados para que funjan de jueces en querellas domésticas”.<sup>38</sup>

Resulta recurrente en ellos la apelación al espíritu nacional para enfrentar la dominación desde posiciones de una intelectualidad sumamente interesada en la defensa de su identidad. De aquí lo acertado del planteamiento del investigador Luis Álvarez acerca de la importancia histórica de estos primeros años de la República, por la concentración de fuerzas a partir de una “gradual toma de conciencia intelectual”. Se refiere a la “recuperación de energías” después de las guerras de independencia y a un proceso “soterrado” de reconstitución de sectores vitales de la nación,<sup>39</sup> que nos hace recordar las “fuerzas del subsuelo” a las que aludía Martí cerca del '95.

Somos del criterio de que todo este devenir de reflexiones, búsquedas y hasta confusiones, va marcando el proceso de formación de la cultura de resistencia cubana en estos años, enfrentando el panorama excesivamente derrotista que muchos han hallado en los años posteriores al '98. Fueron años de tanteo, en los que las ideas se movieron desde el ámbito de lo nacional (concentrado en elementos políticos y culturales) para llegar a un proceso de maduración donde ya se insertan elementos de análisis económicos alrededor de la situación imperante. Estos intelectuales aportaron un saldo muy positivo para la conservación de la identidad nacional, impidiendo que el imperalismo pudiese disponer de Cuba como hasta cierto punto lo hizo con Puerto Rico, aun existiendo todas las condiciones que le brindaba la total dependencia de la economía cubana a sus grandes monopolios.

<sup>38</sup> Miguel Angel Carbonell: *El peligro del águila*, p. 174, Imprenta Seoane y Fernández, La Habana, 1925.

<sup>39</sup> Luis Álvarez: “98 y poesía”, ob.cit., p. 127

[104]

